

María del Carmen Vázquez Mantecón

*El bisonte de América:
Historia, polémica y leyenda*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

216 p.

(Serie Historia General, 28)

Mapas.

ISBN 978-607-02-4755-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de noviembre de 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/bisonte/america.html>

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Bisontes, venados, o borregos cimarrones, podrían ser los protagonistas del nombre de Quacomán (actualmente Coalcomán en el estado de Michoacán de Ocampo). A propósito de la mención de Dávila Quiñones, de que eran unos animales “a modo de vacas”, de las que “al presente no hay ningunas”, no sabemos si esto lo dijeron los informantes, o si fue un agregado del corregidor, alimentados unos u otro, con los relatos de los que si vieron a las “vacas de los llanos”, y de los más que por aquellos años buscaban la manera de amansarlas para hacer grandes fortunas. Tal vez se habían dejado llevar por ese codicioso imaginario que magnificaba la riqueza de las tierras al Norte, con todo y sus ganados sustentadores.

3. “TORO MEXICANO” EN EL PALACIO DE MOCTEZUMA

La que se ha considerado última gran crónica sobre la conquista de la Nueva España vio la luz en Madrid en el año de 1684. Se debió a la elegante pluma de Antonio de Solís y Rivadeneyra, quien fuera desde 1661 hasta su muerte –ocurrida en 1686– “Cronista Mayor de las dichas Indias” por decisión del monarca Felipe IV. Su anterior dedicación exitosa a la poesía y a la dramaturgia, se conjugaron en su historia con una paciente tarea de lectura de libros y recopilación de documentos, dando por resultado un texto muy pulido que, a pesar de haber sido escrito por encargo real, gozó en su tiempo y sobre todo en el siglo siguiente, de gran estimación y reconocimiento. Se ha dicho que Antonio de Solís poseyó una de las bibliotecas más ricas del Siglo de Oro que contenía, además de cerca de 1 400 libros, varios manuscritos bajo el título de *Noticias generales de las Indias y Varios papeles curiosos*. En el listado de títulos, podemos reconocer los libros que leyó o consultó para escribir su famosa *Historia de la conquista de México*, desde los muy conocidos, como los de Bernal Díaz del Castillo, Antonio de Herrera y Joseph Acosta, así como varias historias generales de las Indias y no pocas crónicas religiosas y de conquista de la propia Nueva España y Nuevo México, hasta recuentos sobre “las cosas aromáticas” del nuevo continente –al que nuestro autor nunca visitó– y una ilustrativa *Historia de los animales*.³²

³² Frédéric Serralta, “La biblioteca de Antonio de Solís”, *Caravelle. Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, n. 33, 1939, p. 104-105.

A caballo entre el rigor histórico y una narración ingeniosa, Solís nos legó, a propósito de bisontes, una de las páginas más curiosas. Describía la casa de los animales del emperador Moctezuma II, cuando, al detallar el patio que resguardaba a “las fieras”, incluyó en la suma de estas al “toro mexicano”, que no tardó en calificar como “ejemplar rarísimo”. La creencia del autor de que era “tan antiguo en el mundo eso de significarse por las fieras la grandeza de los hombres”, está en la trama de ese capítulo en el que Antonio de Solís, de una manera muy poética, otorga al huey tlatoani mexicana los atributos, ya no de las “vacas de los llanos”, sino precisamente de su consorte, el nacionalista y salvaje “toro” que ya Francisco Hernández había nombrado así cien años antes en su apartado “Historia de los animales de la Nueva España”. En la escena planteada por Solís, para los asombrados españoles que visitaban ese patio, lo que “hizo novedad” fue precisamente el “toro mexicano”, siendo ellos los que, según él, habrían pensado que una fiera así era digna de un príncipe tan grande.³³

Ninguno de los cronistas e historiadores que, antes de él, describieron la casa de los animales de Moctezuma, dieron cuenta de que hubieran visto bisontes, y en especial no lo hicieron los que estuvieron físicamente en aquél patio, como Cortés o Díaz del Castillo. Lo que si comparten todos es la definición del espanto que les causaron ciertos animales fieros como las serpientes y culebras, que emitían tenebrosos silbidos y un hedor insoportable, en imágenes que contrastan notablemente con la representación de Solís, a quien en su historia artificiosa y culta, le pareció “inverosímil” que junto a las culebras de cascabel y los escorpiones, se encontraran “crocodilos” según afirmaban algunos de sus compatriotas, a partir de la noticia que tomaron de una relación de los indios. Estaba convencido de que estos [los indios] habían inventado lo de los cocodrilos, “contra la fiereza de los tiranos”, y que esto solía ocurrir cuando se vivía atemorizado y se servía afligido.³⁴

Al mismo tiempo, pensaba que “la verdad era el alma de la historia”, según anotó en la introducción de un manuscrito de su obra, por lo que dijo haberse detenido a buscar todo tipo de papeles y a “espe-

³³ Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México, población y progresos de la América Septentrional, conocida con el nombre de Nueva España*, Cádiz, Imprenta, Librería y Tipografía de la Revista Médica, 1843, t. 1, p. 201-202. La primera edición fue en Madrid en 1684.

³⁴ *Ibid.*

rar relaciones que den fundamento y razón a nuestros escritos”.³⁵ Dos cuestiones se antoja entonces plantear: si habría leído en alguna fuente indígena sobre la presencia del “toro mexicano” en la casa de los animales de Moctezuma, o contradujo sus principios y recreó el dato, tan sencillo para él, de que los había junto a los “leones”, “tigres”, osos “y cuantos géneros de brutos silvestres produce la Nueva España”. Varias respuestas son posibles en función de la misma documentación que Antonio de Solís pudo haber consultado y a partir de otros imaginarios que campeaban entre los protagonistas de la conquista, evangelización y colonización de lo que hasta los días de nuestro autor fue la Nueva España. No olvidemos, por otro lado, que era cronista oficial y que tenía acceso a muchos papeles que se resguardaban en el Consejo de Indias desde los primeros tiempos de la conquista.

En primer lugar he mencionado la influencia de Francisco Hernández, protomédico de Felipe II, de quien Solís tomó el nombre de “toro mexicano”, cuando en su tiempo ya era común el de “vaca cíbola” o más concretamente el de cíbolo o cíbola. Tampoco debe haberle pasado desapercibido lo que el mismo Hernández señaló, esto es, que le habían dicho –aunque aclaró que no había podido comprobarlo debidamente– que una de esas vacas había sido llevada “a nuestro rey Felipe”.³⁶ Este dato, a lo mejor, impulsó a la imaginación de Solís a aceptar que una de ellas bien podría estar entre la enorme variedad de animales imponentes que poblaban el recinto de las fieras del emperador mexicano, aunado esto a lo que apuntó fray Alonso de Benavides –cuya historia sobre el Nuevo México se publicó en Madrid en 1630 y tuvo muchos lectores incluso más allá de las fronteras españolas– que aunque no era “ganado” que se dejaba coger en rodeos, cuando las “vacas” parían, iban los españoles a tomar las crías y las terneras, usando como guía algunas cabras.³⁷

La posibilidad de que algunas crías pudieran ser transportadas la refrenda, entre otros varios, el franciscano recoleto Louis Hennepin, enviado a Nueva Francia hacia 1675. Él dio cuenta de lo que sucedía en la Luisiana, concretamente en la tierra de los illinois, quienes también se sustentaban de los que nombró “vacas y toros

³⁵ Biblioteca Nacional de Madrid, Ms 3021, Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*.

³⁶ Francisco Hernández, *op. cit.*, p. 313.

³⁷ Fray Alonso de Benavides, *op. cit.*, p. 43-45.

bravos”. Contó al respecto que una vez que “los salvajes” mataban algunas “vacas”, los terneros seguían al cazador “lamiéndoles la mano y el dedo”. Estos, dijo el fraile, se convertían en el regalo que los cazadores llevaban a sus hijos, y después de cierto tiempo eran sacrificados para comerlos. Hennepin era de la ambiciosa y equivocada opinión de que los bisontes pequeños podrían amansarse fácilmente, para luego servirse de ellos en el cultivo de la tierra.³⁸ Una situación similar, aunque para el norte de Texas, reportó el bachiller José Antonio de la Peña, cronista de la expedición del marqués de Aguayo en el mes de junio de 1721. Cerca de un hermoso arroyo nombrado San José de los Apaches encontraron muchos bisontes, de los cuales uno fue atado con una cuerda y transportado al campamento donde, apunta De la Peña en su *Derrotero*, sirvió no sólo de provisión, sino, antes de eso, de divertimento.³⁹

Importante fue, asimismo, el testimonio de los científicos franceses Valmont de Bomare y del conde de Buffon quienes en el año de 1769 vieron en París un bisonte macho vivo, que pudieron estudiar con relativa calma.⁴⁰ También está documentado el caso de una joven cíbola que fue embarcada en Veracruz y que llegó viva a los jardines de Aranjuez en el mes de octubre de 1771, como regalo del virrey de Croix a Carlos III.⁴¹ Ya en el siglo XIX, hacia su tercera década, el angloamericano George Catlin contó que él vivió la experiencia de llevar a su campamento una cría de “búfalo”, después de haberle puesto las manos delante de los ojos y de haber soplado fuerte en sus orificios nasales. Agregó, al respecto, que el pequeño prisionero iba trotando detrás del caballo muy cerca de este, con el afecto que por instinto habría reservado a su madre. Este mismo autor sostuvo también que algunas terneras lo llegaron a seguir a los establos donde guardaban las monturas.⁴²

Don Antonio de Solís no conoció estas fuentes, pero las traigo a cuento porque las vivencias de todos ellos me llevan a aceptar la posibilidad de que el poderoso Moctezuma II incluía en su colección

³⁸ Biblioteca Nacional de Madrid, Sala Cervantes, MS 3179. Louis Hennepin, *op. cit.*

³⁹ *Pichardo's Treatise on the Limits of Louisiana and Texas*, Austin, Texas, The University of Texas Press, 1931, v. 1, p. 540-1. El padre José Antonio Pichardo escribió su tratado entre los años de 1808 y 1812. Los manuscritos originales se encuentran en AGN, *Historia*, v. 541 a 548.

⁴⁰ M. Valmont de Bomare, *op. cit.*

⁴¹ Carlos Gómez Centurión-Jiménez, *op. cit.*

⁴² Citado por Tom Mc Hugh, *The time of the Buffalo*, USA, Castle Books, 1972, p. 184.

de animales uno o algunos pequeños ejemplares de “toro mexicano”. Pudo no ser aludido en las crónicas, o porque el día que los españoles visitaron ese patio no estaba a la vista –por muchas causas puede estar resguardado un animal en un zoológico–, o porque lo vieron y se asustaron tanto, que lo callaron, lo que me parece menos plausible. No debemos olvidar, sin embargo, que para muchos europeos que conocieron físicamente a los bisontes durante los siglos XVI, XVII y XVIII, se trataba de un animal deforme y hasta “monstruoso” que les generaba no poco temor y que algunos lo llegaron a asociar con lo demoníaco o con la imagen del propio demonio, al que estaban seguros de que se le rendía culto y que creían manifestado por doquier.

Cada uno de los conquistadores y cronistas que describieron la experiencia exótica que resultó estar frente a esa colección de aves, reptiles y mamíferos del emperador mexica, mencionó a algún animal que los otros no registraron. Antonio de Solís, por su parte, nos habló de un “toro mexicano” que era “un compuesto de varios animales”, en donde vemos muy clara la lectura de la obra de López de Gómara, ya que lo definió con espalda gibada y corva como el camello, el cuello “quejudo” como el león, y pie hendido y frente armada como el toro, “cuya ferocidad –dijo– imita con destreza y ejecución”.⁴³ También debió haber leído a Francisco Hernández quien fue el que clasificó por primera vez y para el mundo científico, a los “toros mexicanos”.

Con respecto a su presencia en el palacio de Moctezuma II, lo asentó así, o porque lo había leído en alguna fuente, o porque lo supuso, asociando al animal con la grandeza de los monarcas mexicanos. Desde los dos últimos decenios del siglo XIX la historiografía norteamericana aceptaba la versión de Solís hasta que, hacia 1950, comenzó a imponerse el escepticismo e incluso la idea dominante de que se trataba de un mito. Aunque H. B. Nicholson, por ejemplo, acepta que es posible que los agentes de Moctezuma “con dificultades, hubieran procurado un bisonte para su colección en las tierras de pastos del lejano norte”, rechazó la versión de Antonio Solís tratando de demostrar que era improbable porque ese dato no lo mencionaba ninguna fuente histórica.⁴⁴ Pienso, por mi parte, que aunque no contamos con una prueba fidedigna, es posible –incluso en el

⁴³ Antonio de Solís, *op. cit.*, p. 201.

⁴⁴ H. B. Nicholson, “Moctezuma’s zoo”, *Pacific Discovery*, julio-agosto de 1955, p. 8.

caso de que sólo lo hubiera supuesto— que Antonio de Solís haya tenido razón.

4. ¿BISONTES EN LAS PRIMERAS CORRIDAS DE TOROS EN LA NUEVA ESPAÑA?

En la quinta *Carta de Relación* de Hernán Cortés a Carlos V, firmada en “Tenuxtitan” el 3 de septiembre de 1526, el conquistador exponía al monarca que cuando se enteró, por dos misivas, de que había llegado a la Nueva España el juez que traía órdenes de Su Majestad para hacerle un juicio de residencia, era el mes de junio de ese año y se encontraba en Tenochtitlan, en la celebración de San Juan, “corriendo ciertos toros y en regocijo de cañas y otras fiestas”.⁴⁵ El que haya mencionado que se trataba de “ciertos toros” ha despertado la polémica entre algunos expertos en asuntos cortesianos, y entre los historiadores y cronistas del mundo taurino que nombran ese día como el de la primera corrida en suelo mexicano. Unos opinan, por ejemplo, que los animales alanceados fueron cíbolos americanos,⁴⁶ basados, la mayoría, en la creencia de que era efectiva una prohibición de la corona, emitida del año de 1523, de importar ganado mayor desde las Antillas a la Nueva España,⁴⁷ y en el dato de que, por esos años, había bisontes “en toda Coahuila”, de donde los habrían traído para el festejo.

Mi opinión es que se trata de una hipótesis errónea, que puede ser rebatida con el hecho innegable de que los machos taurinos se siguieron introduciendo en la Nueva España como se había hecho desde 1521, aunque ilegalmente, razón por la que tal vez Cortés se haya referido a ellos como “ciertos”. Me apoyo, además, en las crónicas de los que insistieron, desde el siglo XVI, en que los bisontes tenían el carácter libre; en las dificultades insalvables de querer domar a las manadas; y en el hecho demostrado de que sólo muy pocas

⁴⁵ Hernán Cortés, *Cartas de Relación*, México, Porrúa, 1992, p. 275.

⁴⁶ Julio Téllez, “El bisonte, padre de la fiesta taurina en México”, *Campo Bravo*, año 4, n. 18, noviembre de 1998, p. 55.

⁴⁷ Fue promovida por los ganaderos antillanos ante el tráfico desmedido de animales y duró entre 1523 y junio de 1526, que fue derogada por el monarca con un Real Decreto, debido a las fuertes presiones de los comerciantes. Ver José Matesanz, “Introducción de la ganadería en Nueva España 1521-1535”, *Historia mexicana*, v. XIV, n. 4, abril-junio de 1965, p. 536-7.